



La historia de mis privilegios

por **Michael Ignatieff**

Los blancos nacidos en Norteamérica entre 1945 y 1960 vivieron en un mundo que parecía próspero y optimista. La realidad, según fueron descubriendo, resultó más complicada y oscura de lo que les permitía ver su circunstancia ventajosa.

¿Es posible ser un historiador de tu propia vida? ¿Verte a ti mismo como una figura en la multitud, como un miembro de una generación que compartió la misma porción de tiempo? No podemos evitar pensar en nuestras propias vidas como únicamente nuestras pero, si miramos más de cerca, comenzamos a ver cuánto compartimos con desconocidos de nuestra propia edad y situación. Si pudiésemos por un momento olvidar lo que era singular en nuestras vidas y, en vez de eso, concentrarnos en lo que experimentamos con todos los demás, ¿sería posible vernos bajo una nueva luz, menos dramática para nosotros mismos, pero posiblemente más verdadera?

¿Qué ocurre cuando dejo de utilizar “yo” y empiezo a utilizar “nosotros”?

¿De qué “nosotros” estamos hablando aquí? ¿Cuál “nosotros” es mi “nosotros”? Un viejo chiste viene a la mente. El Llanero Solitario y Tonto están rodeados por guerreros indios. La situación es grave. El Llanero Solitario voltea hacia su compañero: “¿Qué hacemos ahora?” Tonto responde: “¿Qué quieres decir con ‘nosotros’, hombre blanco?” El “nosotros” al que me refiero y pertenezco éramos la clase media blanca de mi generación, nacidos entre 1945 y 1960, y mi tema es qué hicimos con nuestros privilegios, y, una vez que los entendemos como tales, qué hicimos para defenderlos.

En verdad fuimos, por un tiempo, notorios. Fuimos la mayor cohorte de nacimientos en la historia. Constituimos más de la mitad de la población y detentamos todo el poder, nos apropiamos de toda la riqueza que pudimos, escribimos las novelas que la gente leía, hicimos las películas de las que se hablaba, decidimos el destino político de naciones. Ahora todo eso ya llegó a su fin casi por completo. Cada año más de nosotros desaparecen. Nos hemos encogido hasta constituir un cuarto del total de la población, y el poder se nos está escurriendo de las manos, si bien dos de los nuestros, ambos presidentes, se están preparando para dar la batalla final. Será para ellos un último adiós, pero para nosotros también, un símbolo de cuán implacablemente nos aferramos, aun cuando se nos había acabado el tiempo.

Soy el vástago de la esperanza de mis padres y he llevado su optimismo conmigo toda mi vida. Además de esperanza, también nos dieron las casas y departamentos donde dimos nuestros primeros pasos, las escuelas y universidades que nos educaron, los sistemas de autopistas que aún hoy día utilizamos, el sistema internacional —Naciones Unidas, la OTAN y las armas nucleares— que aún nos mantienen fuera de otra guerra mundial, el transporte aéreo masivo que encogió el mundo, el alunizaje que nos hizo soñar una vida más allá de nuestro planeta y las inversiones gubernamentales en computación en las décadas de 1940 y 1950 que llevaron eventualmente en la década de 1990 a la computadora portátil, el internet y el equivalente digital de la biblioteca de Alejandría en nuestros teléfonos. Los pioneros digitales de mi generación —Jobs, Wozniak, Gates, Ellison, Berners-Lee y varios más— crearon nuestro mundo digital sobre las inversiones públicas hechas por la generación anterior.

Gracias a los hospitales y clínicas que construyeron nuestros padres, los grandes avances médicos que convirtieron enfermedades mortales en padecimientos manejables, junto con nuestras quisquillosas dietas y el culto al ejercicio, y el hecho de que no fumemos o bebamos como ellos lo hicieron, viviremos más tiempo que ninguna otra generación hasta ahora. Tomo pastillas que no existían cuando mi padre estaba vivo y que habrían prolongado su vida. Puede ser que la medicina sea el último lugar en el que aún creemos en el progreso. Los noventa, nos prometen nuestros *fitness coaches*, serán los nuevos setenta. Lo cual está bien, pero me deja preguntándome: ¿cómo será eso de seguir y seguir?

Nuestro tiempo comenzó con la luz de mil soles sobre Alamogordo, Nuevo México, en julio de 1945. Está llegando a su fin en una era tan violenta y caótica que nuestras predicciones sobre el estado del mundo no parecen tener sentido. Pero sería una ansiedad inútil alarmarse sobre esto ahora. Hemos vivido con cambios disruptivos tanto tiempo que para nosotros se ha vuelto banal.

Sentado en un cuarto limpio en mi casa, todas estas décadas después, fija la mirada en la pálida luz de la

pantalla de una computadora, es fácil sentirse de mal humor por todo lo que ha cambiado. Pero lo que no cambió en nuestro tiempo, lo que permaneció tercamente igual, puede ser igual de importante que lo que sí cambió. *The New York Times* reportó en fechas recientes que en Estados Unidos nuestro grupo de edad, sintiendo ahora los primeros avisos de su mortalidad, está en el proceso de transferir billones de dólares de bienes raíces, acciones, bonos, casas en la playa, muebles, pinturas, joyas, todo ello, a nuestros hijos y nietos. El periódico la llamó “la mayor transferencia de fortuna de la historia”. Estamos elaborando testamentos para traspasar la estabilidad burguesa que gozamos a la siguiente generación. Este es un tema tan viejo como las novelas de Thackeray y Balzac. El hecho de que podamos transferir una suma tan asombrosa —¡84 billones de dólares!— nos dice que la verdadera historia de nuestra generación puede ser la historia de nuestras propiedades. Es la continuidad profunda y no vista de nuestras vidas.

Nuestro privilegio cardinal fue nuestra fortuna, y la tenaz defensa que hemos hecho de ella puede ser la verdadera historia de la gente blanca de mi generación. Digo tenaz, porque sería superficial asumir que se logró sin esfuerzo o de modo universal. Desde nuestra infancia a nuestros tempranos veintes, nos levantó el mayor *boom* económico de la historia del mundo. Crecimos, como Thomas Piketty ha mostrado, en un periodo en el cual las disparidades en el ingreso, debidas a la depresión y los impuestos de los periodos de guerra, se comprimieron drásticamente. Tuvimos infancias despreocupadas y sin vigilancia, lo que resulta difícil de explicar a nuestros hijos: tardes suburbanas en que entrábamos y salíamos de las casas de los amigos, y todas las casas se sentían similares, y nadie cerraba con llave. Cuando alcanzamos la edad adulta, pensamos que ya habíamos llegado, y de pronto la subida se volvió más escarpada. El *boom* de la posguerra se detuvo de manera brusca con la crisis petrolera de principios de los años setenta y nos dejó luchando contra un telón de fondo de inflación creciente y salarios reales estancados. Solo unos pocos entre nosotros —Bezos, Gates y los demás— tuvieron éxitos sorprendentes con las nuevas tecnologías que justo entonces comenzaban a difundirse.

Muchos de los que no nos volvimos multimillonarios nos atrincheramos en profesiones asalariadas: leyes, medicina, periodismo, medios de comunicación, academia y gobierno. Invertimos en bienes raíces. Esas casas y departamentos que compramos cuando estábamos comenzando terminaron dando rendimientos impresionantes. La modesta vivienda de tres recámaras que mis padres compraron en una calle arbolada de Toronto en la década de 1980, que mi hermano y yo vendimos a principios de la década del 2000, había triplicado su valor. Él vivió de ese ingreso hasta su muerte y lo que quedó irá a mis hijos.

Por supuesto, hubo un lado más oscuro —quiebras, deudas, abuso marital, adicciones a drogas o al alcohol y el suicidio—. Todos los grandes novelistas de nuestra época —Updike, Didion, Ford, Bellow y Cheever— hicieron arte a partir de nuestros episodios de descontrol y desilusión. Lo que fue distintivo es cómo comprendimos nuestro propio fracaso. Cuando éramos jóvenes, en la década de 1960, muchos de nosotros condenamos el “sistema”, aunque la mayoría éramos sus beneficiarios. Conforme fuimos envejeciendo, nos deshicimos de las excusas abstractas e ideológicas. Los que fracasaron, los que se cayeron de la escalera y resbalaron hacia abajo, asumieron la culpa, mientras que los que tuvimos la suerte de ser exitosos pensamos que nos lo habíamos ganado.

De modo que, como lo comprendieron nuestros grandes novelistas, la verdadera historia de nuestra generación puede relatarse como la historia de nuestras propiedades, nuestra satisfacción al adquirirlas, nuestro autocastigo cuando las perdimos, la saga familiar que tuvo lugar en todas nuestras viviendas, desde *pieds-à-terre* urbanos hasta ranchos suburbanos, los coches en nuestras entradas, las chucherías que acomodamos en nuestros estantes y los cuadros que colgamos en nuestras paredes, la exuberante variedad de vidas eróticas que tuvimos dentro de esas casas, y la riqueza que esperamos transmitir a nuestros hijos.

•

Estoy consciente de que semejante recuento de mi generación deja mucho fuera, a un grado indignante. Hubo mucha más historia entre 1945 y el presente, pero para el resto de esa historia —la descolonización de África y Asia, que hizo época, la formación de nuevos Estados, las sangrientas batallas por la autodeterminación, el colapso de los imperios europeos, el asombroso ascenso de China— el verdadero privilegio imperial de aquellos con la suficiente suerte de haber nacido en América del Norte y Europa occidental fue que pudimos permanecer como espectadores del grandioso y violento espectáculo. Allá afuera en el ancho mundo, la tormenta de la historia alzaba torbellinos de polvo, levantaba y estrellaba las esperanzas humanas, barría fronteras, tumbaba tiranos, instalaba nuevos, y destruía millones de inocentes; pero nada de eso nos tocaba. No debemos confundirnos con la gente cuyo infortunio provocó nuestra compasión. Para nosotros, la historia fue un deporte de espectadores que podíamos ver en los noticieros de la noche y luego en nuestros teléfonos móviles. La historia de allá afuera nos dio amplias oportunidades para tener opiniones, ofrecer análisis y vender nuestros profundos pensamientos para ganarnos la vida, pero nada de ello nos amenazaba o nos forzaba realmente a comprometernos o a adoptar una posición. Porque teníamos seguridad.

La seguridad hizo que algunos de nosotros nos volviéramos inquietos y deseáramos acercarnos a la acción.

Fui uno de los que salieron para aventurarse a ser testigos de la Historia, en los Balcanes, en Afganistán, en Darfur. Hicimos películas, escribimos artículos y libros, buscamos despertar las conciencias en nuestros países y cambiar las políticas en las capitales del mundo. Nos enorgullecimos de estar cerca de la acción. ¿No había observado famosamente Robert Capa, el gran fotógrafo que murió cuando pisó una mina en Vietnam, que, si tus fotografías no son buenas, es porque no estás lo suficientemente cerca? Así es que nos acercamos. Incluso nos dispararon.

En la década de 1990, hice seis películas para la BBC acerca del nuevo nacionalismo que entonces redibujaba los mapas del mundo tras el colapso de la Unión Soviética. Puedo declarar que no había nada más emocionante. Un paramilitar serbio, a quien había entrevistado en las ruinas de Vukovar en el este de Croacia en febrero 1992, disparó al azar dos tiros a la camioneta del equipo cuando nos alejábamos, y más tarde otro grupo de combatientes ebrios nos arrebataron las llaves de la camioneta, nos detuvieron en seco y nos interrogaron por una inquietante hora, hasta la llegada de soldados de las Naciones Unidas lo suficientemente bien armados como para no admitir más discusiones. Tuve otras aventuras en Ruanda y en Afganistán, pero los Balcanes fue lo más cerca que llegué de experimentar la Historia como la vasta mayoría de los seres humanos la viven: con vulnerabilidad. Esos episodios de peligro fueron breves. Teníamos boletos de ida y vuelta para salir de la zona de peligro. Para nuestra comodidad, si la Historia se acercaba demasiado podíamos subirnos a nuestras Toyota Land Cruisers y largarnos fuera de ahí. No puedo sentirme culpable de mi impunidad. Estaba incorporada en la naturaleza de la relación de nuestra generación con la Historia.

Cualquiera que se aventurara en las zonas de peligro en la década de 1990 sabía que había algo equivocado en el cuento de hadas de Francis Fukuyama según el cual la historia había terminado con la victoria final de la democracia liberal. Ciertamente no se veía de ese modo en Srebrenica o Sarajevo. La Historia no había terminado. Nunca se detuvo. Nunca *lo hace*. De hecho, nos llevó a la orilla del abismo varias veces: en la crisis de los misiles cubana; cuando asesinaron a King y a los Kennedy; en esas primeras horas después del 11 de septiembre; y más recientemente durante la insurrección del 6 de enero de 2021, cuando la violencia salvaje puso a la república de Estados Unidos en peligro. Fueron momentos en que experimentamos la Historia como vértigo.

El resto del tiempo, pensamos que estábamos seguros dentro de “el orden internacional basado en las reglas liberales”. Después de 1989, podías pensar que estábamos construyendo semejante cosa: con las ONG de los derechos humanos, los tribunales penales internacionales y la transición a la democracia en tantos lugares. Lo más esperanzador era Sudáfrica. En realidad, en la mayor parte del

mundo, había pocas reglas y poco orden, pero, a aquellos de nosotros en el Occidente liberal democrático, esto no nos impidió pensar que podíamos extender a los demás la impunidad de la que gozábamos. Creíamos en el supuesto orden, garantizado por el poder estadounidense, porque nos había otorgado una dispensa de por vida ante la crueldad y el caos de la historia, y porque era más atractivo moral y políticamente que las alternativas. Ahora mi generación contempla el colapso de esta ilusión, y albergamos un pensamiento culpable: será bueno que nos hayamos ido.

Una neblina de humo de los incendios forestales del Canadá flota sobre nuestras ciudades. Regiones completas del mundo—los olivares del sur de España, el suroeste estadounidense, el interior australiano, las regiones del Sahel en África— se están volviendo demasiado calientes para sustentar la vida. Los arrecifes coralinos de Australia, antaño un prodigio submarino de color, son ahora gris-muerte. En el Pacífico hay una masa flotante de botellas de plástico tan grande como el ancho mar de los Sargazos. Mi generación ya no puede hacer gran cosa al respecto, pero sabemos que debemos la riqueza que estamos traspasando a nuestros hijos a la gran vida en el glorioso mediodía de los combustibles fósiles.

Al menos, nos gusta decir, nuestra generación despertó antes de que fuera demasiado tarde. Leímos *Primavera silenciosa* y prohibimos el DDT. Creamos el Día de la Tierra en 1970 y convertimos en talismán esa foto increíble de la tierra verde-azul tomada por el astronauta William Anders cuando flotaba en el espacio. Descubrimos el agujero en la capa de ozono y logramos la aprobación del protocolo de Montreal que prohibía los químicos que lo causaban. Dimos inicio a la industria del reciclaje y pasamos una legislación que redujo la contaminación proveniente de nuestras pilas y tubos de escape; fuimos pioneros en la energía verde y en tecnologías para nuevas baterías. Nuestra generación cambió el vocabulario de la política y generalizó el tema del ambiente en tanto preocupación política. Conceptos tales como la “ecosfera” y los gases de efecto invernadero eran desconocidos cuando teníamos la edad de nuestros hijos. Casi por completo, la ciencia moderna sobre el clima fue creada bajo nuestros ojos. Con el conocimiento vino alguna acción, que incluyó esas conferencias sobre el clima de la ONU, masivas y pesadas.

Miren, decimos con esperanza, la transición energética está en curso. Miren esos molinos de viento, esas granjas solares. Miren todos esos coches eléctricos. Es algo, ¿no? Pero somos como acusados que promueven un perdón por circunstancias atenuantes. La crisis climática es más que un reproche a la historia de la propiedad y el consumo de nuestra generación. Es también una acusación dirigida a nuestra tendencia a las acusaciones virtuosas radicales, seguidas de tan solo un tímido incrementalismo. Los activistas ambientales que pegan sus manos a las carreteras para detener el

tráfico y embarran tesoros de arte con cátsup están tan cansados de nuestras excusas como nosotros de su acción política gestual.

Nuestros hijos nos responsabilizan por el mundo dañado que les vamos a dejar y nos reprochan por los privilegios que van a heredar. Mi hija me dice que, en sus doce años de vida laboral como productora teatral en Londres, ha sostenido entrevistas de trabajo tantas veces que ha perdido la cuenta. En mis cincuenta años de vida laboral, mis entrevistas de trabajo se cuentan con los dedos de una mano. La dura competencia que su generación da por obvia es ajena a mí. El privilegio, la simple suerte y la protección que para mí fueron naturales están a años luz de la monotonía que es normal para su grupo de edad. Hace poco me dijo: nos dejaron sus expectativas, pero no sus oportunidades.

Nuestros hijos nos juzgan, como nosotros juzgamos a nuestros padres. En ese entonces, exigimos que nuestros padres nos explicaran cómo habían permitido que el complejo militar-industrial nos arrastrara a Vietnam. Marchamos contra la guerra porque pensamos que traicionaba los ideales estadounidenses, e incluso un canadiense sentía que esos ideales también eran los suyos. Aquellos más a la izquierda ridiculizaban nuestra inocencia. ¿Acaso no entendíamos que “América” nunca tuvo ideales que perder? Hubo momentos, especialmente después del tiroteo contra estudiantes de la Universidad Estatal de Kent, donde casi estuve de acuerdo con ellos.

Era yo un estudiante universitario en Harvard cuando fuimos en autobuses a Washington en enero de 1973 para asistir a una manifestación contra la segunda toma de posesión presidencial de Nixon. Fue una manifestación inmensa y no cambió nada. Posteriormente algunos de nosotros nos refugiamos en el monumento a Lincoln. La desilusión y la fatiga sucedieron al enojo justiciero. Aun puedo recordar la desesperanza que sentimos sentados a los pies de Lincoln. Dos años y medio después, sin embargo, los helicópteros levantaban los últimos rezagados del techo de la embajada estadounidense en Saigón, así que sí logramos algo.

Los veteranos de Vietnam regresaron dañados en alma y cuerpo, mientras que los radicales con los que marché terminaron con buenos trabajos en la Ivy League. ¿Fue entonces Vietnam el momento en que el imperio comenzó a resquebrajarse? La idea de que Vietnam comenzó el fin del “siglo americano” sigue siendo una narrativa que nuestra generación utiliza para comprender nuestro lugar en la historia. ¡Contemplan lo que logramos! Es a la fecha una convención de la opinión concedora, pero realmente ¿alguien sabe?

El coloso sigue cabalgando sobre el mundo. Las principales tecnologías digitales de nuestro tiempo siguen siendo propiedad de estadounidenses; Silicon Valley conserva su lugar predominante en las fronteras de la innovación. Estados Unidos gasta en defensa ochocientos mil millones

de dólares, dos y media veces más que sus aliados europeos y China. Los aliados de Estados Unidos todavía no dan por sí mismos un paso importante sin el visto bueno de Washington. Nadie en el mundo ama a Estados Unidos como lo hacían en los años dorados de Louis Armstrong, Ella Fitzgerald, Walt Disney y Elvis Presley; la dominación universal de la música popular americana, principalmente bajo la forma del rap y el hip hop, ya no le da muchos amigos a Estados Unidos. Y, sin embargo, Estados Unidos aun tiene el poder de atraer aliados y disuadir enemigos. Ya no es la única potencia hegemónica del mundo, y no puede salirse con la suya como acostumbraba, pero eso puede no ser algo malo. Las historias del declive estadounidense nos dan la ilusión de que sabemos hacia qué dirección va el tiempo y alientan en nosotros cierta conformidad. El fatalismo es relajante. La verdad es que no tenemos la menor idea. La verdad es que aún debemos tomar decisiones.

Perdura la hegemonía estadounidense, pero la crisis doméstica de raza, clase, género y región que llegó a un punto crítico por primera vez en nuestros veintes sigue a la fecha polarizando nuestra vida política. Cuando la década de 1960 pasó a la de 1970, hubo momentos, en Estados Unidos pero también en Europa, en que la izquierda tuvo la esperanza de que la revolución era inminente y la derecha se atrincheró para defender sus evanescentes verdades. Los asesinatos de Martin Luther King Jr. y Robert Kennedy, seguidos por la violencia policiaca en la Convención Demócrata de Chicago en agosto de 1968, llevaron a algunos de mi generación—Kathy Boudin, Bernardine Dohrn, Bill Ayers, los nombres tal vez ya no significan mucho—a pasar de los derechos civiles liberales y la protesta contra la guerra de Vietnam a la política revolucionaria de tiempo completo. Lo que siguió fue una espiral descendiente de bombas, robos armados, tiroteos que mataron a policías y largas condenas de cárcel para los responsables. Décadas después conocí a Bernardine Dohrn en la Escuela de Leyes de Northwestern: aún era radical, todavía llevaba tras de sí el encanto escabroso de un pasado revolucionario, pero ahora era una elegante profesora de leyes. Su itinerario, de la revolución a la titularidad académica, fue un camino que muchos tomaron, y no solamente en Estados Unidos.

De modo que nos arreglamos con la estabilidad en vez de la revolución, si bien tendríamos que darnos a nosotros mismos algún crédito por haber terminado una guerra injusta y por sacar el sistema político fuera del consenso cómplice de la década de 1950. A mi generación de blancos liberales también le gusta atribuirse el mérito de los derechos civiles, pero la verdad es que la mayoría de nosotros vimos el drama por la televisión, mientras que la gente negra fue en su mayoría quien peleó y murió. De todos modos, nos enorgullecemos de que, en nuestro tiempo, en 1965, Estados Unidos avanzara un paso, resistido por mucho tiempo, hacia una democracia para todos los estadounidenses. Nuestro

orgullo es vicario, y eso acaso significa que no es realmente sincero. El otro error que cometimos fue creer demasiado pronto que bastaba con una victoria formal. Creímos que la revolución de los derechos civiles de nuestro tiempo significaba el fin de la historia de la justicia racial en Estados Unidos, cuando en realidad era apenas el principio.

El ajuste de cuentas con el tema racial se volvió el hilo conductor del resto de nuestras vidas. Crecí en una Toronto que era abrumadoramente blanca. Lo que nosotros llamábamos diversidad eran los barrios habitados por inmigrantes portugueses, italianos, griegos o ucranianos. Los demógrafos dicen ahora que, si vivo el tiempo suficiente, perteneceré pronto a una minoría en la ciudad donde nací. Por mí está bien, pero me ha hecho darme cuenta de que nunca había comprendido cuánto de mi privilegio dependía de mi raza. Mis amigos de la adolescencia y yo nunca pensamos en nosotros mismos como blancos, ya que lo blanco era todo lo que conocíamos. Ahora, cincuenta años después, estamos hipersensiblemente conscientes de nuestra blancura, pero seguimos viviendo en un mundo mayoritariamente blanco. Al mismo tiempo, la autoridad de ese mundo es cuestionada como nunca antes, defendida como un último reducto de seguridad por conservadores asustados y motivo de interminables disculpas por parte de liberales y progresistas.

Algunos blancos, frente a estos desafíos a nuestra autoridad, defienden la empatía, sostienen que la raza no es el límite de nuestra capacidad de solidaridad, mientras que otras personas blancas dicen “al diablo con la empatía” y en vez de ello votan para hacer grande otra vez a Estados Unidos. Los liberales tienen razón cuando insisten en que la identidad racial no debe ser una cárcel, pero la defensa de la empatía es también una manera de no soltar nuestros privilegios y de pretender a la vez que aún podemos comprender vidas que la raza hizo diferentes a las nuestras. Aunque yo no considero el color de mi piel como el límite de mi mundo, o como el más significativo de mis rasgos, puedo entender por qué otras personas pueden pensarlo.

Y tampoco es que mi blancura haya sido mi único privilegio, ni siquiera la fuente de todos los otros. Un inventario de mis ventajas, algunas ganadas, la mayor parte heredadas, incluirían ser hombre, heterosexual, educado, con buena casa, bien mantenido y provisto, con una esposa a quien le importo, hijos que todavía quieren verme, padres que me quisieron y me dejaron en una posición segura. Soy ciudadano de un país próspero y estable, soy hablante nativo de la lengua franca del mundo y me encuentro con buena salud.

Solía pensar que estos hechos me hacían especial. Los privilegios le hacen eso a uno. Ahora veo cuánto de mi privilegio era compartido con aquellos de mi clase y mi raza. No soy tan especial a fin de cuentas. También veo ahora que, mientras los privilegios conferían ventajas, algunas de ellas injustas, también traían desventajas. Me cegaron

frente a la experiencia de otras personas, a los hechos de su vergüenza y sufrimiento. Los privilegios de mi generación también me dificultan ver hacia dónde puede estar moviéndose la Historia. El marco de mi experiencia relevante omite la mayor parte del planeta fuera del Atlántico norte precisamente en el momento en que la Historia puede estar mudando su capital al este de Asia para siempre, dejando atrás una cultura, en Europa donde vivo, de museos, recriminación y decadencia. Hay mucho aquí que aprecio, pero no puedo evitar una sensación de penumbra, y me pregunto si la gran caravana no está yéndose, fuera de mi vista, allá a la distancia.

Todo el mundo alcanza la autoconciencia demasiado tarde. Esta nueva realización del privilegio, por más tardía que sea, es tal vez el más importante cambio que la Historia ha inscrito en mi generación. Lo que para nosotros era natural, como nuestro por herencia o derecho, es ahora un conjunto de circunstancias que debemos comprender, o por el cual nos debemos disculpar, o que debemos defender.

Conforme la gente blanca como yo se acerca de mala gana a la jubilación, nuestros privilegios permanecen intactos. Nuestra parte de ese dinero —los 84 billones de dólares— que vamos a traspasar a la siguiente generación nos dice que hemos preservado el privilegio que importa más que nada: transmitir poder a nuestros familiares y amigos. El momento del cierre se acerca y rabiarse contra la muerte de la luz es una pérdida de tiempo. Lo que importa ahora es una salida graciosa combinada con una prudente planeación patrimonial.

•

No todos los privilegios se limitan a las categorías de fortuna, raza, clase o ciudadanía. He estado guardando el más importante de mis privilegios para el final.

Este se encuentra escondido profundamente en mi memoria más temprana. Tengo tres años, en shorts y una playera, en la Calle P en Georgetown, en Washington DC. La Calle P era donde mis padres alquilaron una casa cuando mi padre trabajaba como joven diplomático en la embajada canadiense. Es un día de primavera. Subo por una vereda de tabique hacia una casa blanca apartada de la calle y a la sombra de los árboles. Atravieso la puerta abierta y entro a la casa, con mi madre junto a mí. Estamos parados justo en el lado interior de la puerta, mirando un espacio grande, o así lo parece en la visión de un niño, con techos altos, paredes blancas y otra puerta abierta en el otro lado hacia un jardín umbroso.

El cuarto amplio e iluminado está vacío. No sé por qué estamos aquí, pero ahora pienso que era porque mi madre se encontraba embarazada de mi hermanito y estaba considerando el lugar como una posible vivienda en alquiler para una familia a punto de crecer de tres a cuatro miembros. Por un instante estamos parados en silencio y observamos la escena. De pronto la puerta de la entrada se azota

violentamente atrás de nosotros. Ante nuestra mirada atónita, el plafón entero se derrumba sobre el suelo, en una nube de polvo y yeso. Miro hacia arriba, las tablas de madera que sostenían el yeso del techo están todas expuestas, como las costillas de la carcasa de algún animal en descomposición. El polvo se asienta. Permanecemos de pie asombrados, sacando cascajo de nuestro pelo.

No sé qué ocurrió después, salvo que no alquilamos la casa.

Es un buen lugar para terminar, en una calle de Washington en 1950, en el punto máximo de la guerra de Corea, en medio de las persecuciones del senador McCarthy, ese populismo abusivo que nunca está por mucho tiempo ausente en la democracia y que indignaba a los amigos estadounidenses de mi padre y de mi madre, que tenían también las audiencias del Senado, la pérdida de pases de seguridad y el despido. No sabía nada de este contexto, por supuesto. Este recuerdo, si acaso lo es en verdad —podría ser una historia que me contaron después—, es el del primer encuentro de un niño con el desastre. Comienzo estando a salvo, subiendo por un sendero de tabique, en la tamizada luz del sol. Abro una puerta y el techo se desploma. El desastre golpeó, pero estoy a salvo.

En el preciso centro de este recuerdo se encuentra esta certeza: estoy tomando de la mano a mi madre. Nada puede lastimarme. Estoy seguro. Soy inmune. Me he aferrado a este privilegio desde entonces. Me hace un espectador de las penas que les ocurren a los demás. De todos mis privilegios, en un siglo en el que la historia ha infligido tanto miedo, terror y pérdida en tantos semejantes, esta sensación de inmunidad, conferida por el amor de mis padres, su mano en la mía, es el privilegio que, con el fin de comprender lo que les ocurre a los demás, más me ha costado superar.

Pero lo superé. Estaba ya bien entrado en la madurez cuando la vida misma me despertó de golpe. Treinta y siete años después de esa escena en Washington, llevé a mi hijo recién nacido a conocer a mi madre, en un lugar en el campo que ella había amado, y se volteó hacia mí y susurró: “¿quién es este niño?”, sin reconocernos ni a mí ni a su primer nieto, ni dónde se encontraba. En ese momento entendí, como corresponde, que todos los privilegios que disfruté, incluido el amor inquebrantable de una madre, no pueden proteger a ninguno de nosotros de lo que la vida —la cruel y hermosa vida— nos tiene reservado, cuando la luz comienza a palidecer en el camino que tenemos por delante. ~

*Traducción del inglés de Andrea Martínez Baracs.
Publicado originalmente en Liberties.*

MICHAEL IGNATIEFF (Toronto, 1947) es escritor, profesor e historiador. Su libro más reciente en español es *En busca de consuelo. Vivir con esperanza en tiempos oscuros* (Taurus, 2023). Este año fue reconocido con el Premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales.